

3er Congreso Internacional de Historia de Andalucía.

Córdoba-Sevilla 2001.

Publicación: *Las Mujeres en la Historia de Andalucía*, Cajasur, Córdoba, 2002:243-258.

El pasado no es neutro: el cuerpo femenino como materialidad y forma de representación social.

Trinidad Escoriza Mateu. Universidad de Almería

M^a Encarna Sanahuja Yll. Universitat Autònoma de Barcelona

Tras bastantes años de investigación y docencia y de saber que todavía, cuando se transmite el pasado prehistórico, los hombres siguen siendo supuestamente los protagonistas principales, se nos ha hecho necesario dar sentido a dos cuestiones estrechamente imbricadas en nosotras: ser mujeres y ser arqueólogas. Por ello en este artículo planteamos las diferentes vías de las que disponemos en la actualidad para la sexuación y las ejemplificamos, rescatando con ello genealogías femeninas dentro del campo de la prehistoria. En la mayoría de los casos, las excavaciones arqueológicas de cualquier yacimiento prehistórico únicamente nos proporcionan objetos: utensilios y estructuras arquitectónicas, restos de comidas y de materias primas empleadas para la confección de artefactos, y vestigios que nos informan exclusivamente sobre el medio en el que se movía un grupo humano. En consecuencia, sólo podemos suponer la existencia de agentes sociales indeterminados, puesto que su sexo y edad se desconoce. Así pues, por el momento, resulta imposible sexuar el pasado prehistórico a partir de la mayoría de objetos arqueológicos, a menos que no lo hagamos desde el presente, lo cual puede distorsionar notablemente el pasado.

Todo lo que en la actualidad es mayoritariamente realizado por mujeres ha sido dejado de lado por la arqueología. Por otra parte, ya hemos mencionado que esta última suele falsificar de forma continua el pasado haciendo que parezca el precedente lógico del presente. En consecuencia, se atribuye mecánicamente a los sexos lo que hasta hace poco parecía corresponderles (mujeres/cuidadoras del hogar y de l@s propi@s hij@s y con actividades relacionadas con lo doméstico, y hombres/aprovisionadores de alimentos, ejecutores de la mayoría de trabajos considerados imprescindibles para la sociedad y vinculados siempre a las armas, los intercambios y el poder político. Así pues, las mujeres prehistóricas, cuando aparecen, son representadas en base a estereotipos actuales y los hombres, que aparecen siempre, también. Estereotipos que no sólo proceden de nuestra sociedad sino también de grupos marginales residuales precapitalistas. Más allá de la crítica que podría formularse por la sistemática adscripción de estos papeles protagonistas de la historia al sexo masculino, cabe asimismo destacar el constante olvido de ciertos ámbitos de la organización social, a

los cuales se ha prestado muy poca atención y, en general, ni tan sólo se han nominado: la producción de nuevos cuerpos de hombres y mujeres, el cuidado y la socialización de niños y niñas, las atenciones a enferm@s y ancian@s, el mantenimiento del ajuar doméstico, el procesado de los alimentos, la consecución de madera o agua, la confección de prendas de vestir, la producción cerámica de tipo doméstico, la construcción de las viviendas, en una palabra, todo lo relacionado con el mantenimiento de la vida y de los objetos y, por lo tanto, básico para la reproducción social de cualquier grupo. Ante esta situación nos encontramos con dos posibilidades (SANAHUJA YLL 2000 a y b):

La primera posibilidad es asumir que las mujeres, debido a la capacidad de contener otro cuerpo en el propio, de emplear un tiempo para irlo gestando, de desprenderse de él para que cobre vida autónoma y de amamantarlo tras el nacimiento, crean un vínculo muy intenso entre ellas y sus hij@s. Dicha característica las lleva a atender a sus propias criaturas y de ahí, por extensión, mimetizan este mismo tipo de relación basada en el "preocuparse por" y "cuidarse de" y la mantienen con las mujeres y los hombres que constituyen la unidad doméstica. La dimensión compartida por las mujeres se relacionaría entonces con el cuerpo, un cuerpo que *es más cuerpo que el de los hombres* por tres razones básicas: en primer lugar, la capacidad de gestar vida; en segundo lugar, una determinada manera de relacionarse vinculada con lo materno, sea de cara a l@s hij@s o más en general en las relaciones con l@s otr@s, tanto en la unidad doméstica como fuera de ella; en tercer lugar, el sentimiento de miedo que provoca la vulnerabilidad de nuestro cuerpo, la posibilidad de poder ser agredidas sexualmente (BOCCHETTI 1996:71-84). Según la misma autora, estos tres elementos pueden explicar, en la actualidad, la imposibilidad que tenemos algunas mujeres de escindir el cuerpo del pensamiento. Pensamos a través de la experiencia del propio cuerpo y, cuando teorizamos, rechazamos el pensamiento que nace del olvido y la negación de los cuerpos.

Si partimos de este primer presupuesto, la sexuación no resulta difícil, ya que supone que desde los inicios las mujeres siempre se ocuparon del mantenimiento de los cuerpos y la mayoría de objetos relacionados con la vida cotidiana. Por lo tanto, en todos los contextos prehistóricos, aquellas actividades relativas a las prácticas parentales y las económicas (CASTRO *et alii* 1996 y 1998; SANAHUJA YLL 1997a y 1997b) referentes al mantenimiento de los cuerpos y relacionadas con el trabajo doméstico, la sanidad y la educación, deberían ser atribuidas a las mujeres:

*Provisión de agua y combustible.

*Procesado de los alimentos y transformación de los mismo mediante diversos procedimientos de cocción (asado, hervido, cocido, adobes).

*Conservación y/o almacenamiento de los productos alimenticios tanto a corto como a largo plazo.

*Mantenimiento del ajuar doméstico y de los espacios de las viviendas implicados en este tipo de actividades.

*Quehaceres destinados a mantener las condiciones espaciales y materiales imprescindibles para cubrir

las necesidades de descanso diario y cobijo o protección contra las inclemencias del tiempo.

*Tareas relacionadas con la atención a aquellas personas que no pueden valerse por sí mismas, temporal (criaturas, herid@s, enferm@s) o permanentemente, y que abarcan la higiene, la movilidad, la protección, la manutención y, en su caso, el amamantamiento.

*Confección y mantenimiento de la vestimenta básica para la protección del cuerpo, según el lugar en el que se habita.

*Apartar a los individuos fallecidos del espacio que ocupan las personas vivas y atenciones a los mismos.

*Organización y mantenimiento de las áreas destinadas a los residuos o basuras.

*Saneamiento de los espacios habitados.

*Búsqueda, fabricación y aplicación de remedios curativos.

*Socialización de las niñas y los niños en cuanto a futur@s mujeres y hombres.

*Actividades consideradas esencialmente femeninas, como la cerámica o el tejido, tareas clasificadas como domésticas y efectuadas a pequeña escala y en tiempos libres y discontinuos.

Es cierto que, por lo que sabemos de las fuentes escritas, desde los Estados del Próximo Oriente y Egipto hasta Grecia y Roma, la mayor parte de estas tareas han sido realizadas por mujeres, de ahí que se suponga que entre los grupos prehistóricos sucediera lo mismo. Pero también es cierto que, cuando contamos con textos escritos, el patriarcado ya se ha originado. En este largo periodo prehistórico, el 99% de la historia de la humanidad, ¿No existieron grupos con prácticas sociales distintas a las actuales? ¿Siempre ha imperado un poder coercitivo? ¿Desde los orígenes las mujeres fueron infravaloradas? Podríamos contestarnos a nosotras mismas que aunque las mujeres realizaran estas tareas no tenían por qué estar sujetas a los varones y que su obra civilizadora podía haber estado altamente reconocida. Sin embargo, nos resulta difícil aceptar que nada ha cambiado, que por "esencia" los sexos siempre se han comportado del mismo modo, que el significado actual que le damos al propio "ser mujer" sea idéntico al de las mujeres de los diversos contextos prehistóricos.

La segunda posibilidad, más atractiva para nosotras, es considerar que en los distintos grupos prehistóricos pudieron haber existido comportamientos alternativos y diferentes a los de hoy en día entre los sexos, aunque ya sabemos que gestar y parir es obra única de las mujeres y que para amamantar se requiere siempre una madre, aunque no sea la biológica. Este segundo punto de vista resulta mucho más complejo y, por el momento, sólo es posible sexuar el pasado prehistórico a través de variadas analíticas sobre los restos antropológicos y mediante el estudio de las representaciones, figuraciones y/o imágenes de cuerpos sexuados realizadas sobre diferentes tipos de soporte material (figurillas, ídolos, pinturas rupestres, etc), estudios que generalmente han quedado reducidos a su valoración artística y al análisis de sus estilos, limitándose por lo tanto a la imagen en sí misma. No obstante, las representaciones femeninas pueden verse sujetas, en algunas ocasiones, a ciertas pautas o

reglas de figuración que no se correspondan con la realidad social estudiada, mientras que en los restos óseos de mujeres y hombres, como veremos adelante, quedan reflejadas huellas que nos desvelarán gran parte de su vida cotidiana. Confiamos en que, si existe demanda, se desarrollarán nuevas técnicas que permitirán a la larga conocer el sexo del individuo que estaba detrás de un objeto o categoría de objetos concretos. Hoy por hoy, necesitamos contar con los poblados y los enterramientos vinculados a los mismos.

Restos antropológicos y ajuares funerarios.

Si excavamos una necrópolis o casas bajo las cuales se inhumaron a l@s muert@s, el estudio de los restos osteológicos nos posibilita establecer el sexo y la edad de los cadáveres. A partir de la determinación del sexo y la edad de los individuos recuperados, resulta posible adquirir una perspectiva paleodemográfica de la población estudiada y determinar parámetros tan importantes como el tamaño del grupo, la densidad de población, el aumento demográfico, las tasas de natalidad y mortalidad, la esperanza de vida y fertilidad, las proporciones resultantes de cada sexo y categoría de edad e incluso las pautas de residencia y movilidad de ambos sexos. Además también es factible establecer ciertos indicadores sobre el estado de salud pública de las comunidades prehistóricas.

En lo que a patologías se refiere, puede determinarse la presencia de diferentes tipos de traumas, enfermedades infecciosas o incluso procesos degenerativos asociados a determinados trabajos. Ciertas patologías óseas denotan también épocas crónicas o intermitentes de subalimentación durante la infancia. Asimismo los análisis químicos de elementos traza e isótopos de los componentes de los huesos y las huellas de microdesgaste dental, permiten evaluar el tipo de dieta de una población (también por sexos y categorías de edad), incidiendo sobre la importancia relativa de los diferentes tipos de alimentos ingeridos. Por último, los estudios sobre el ADN resultan de vital importancia para la determinación del parentesco de los individuos, aunque todavía se hallan en fase de desarrollo.

Todas estas técnicas, poco aplicadas en nuestro país, presentan un enorme potencial para los estudios de las relaciones entre sexos y edades en las sociedades pasadas y, pese a su precocidad y necesidad de perfeccionamiento, han aportado ya notables avances. (MOLLESON 1994; RIHUETE 2000). Al no contar con fuentes escritas, únicamente los ajuares asociados a las mujeres y los hombres enterrad@s nos ayudan, de manera indirecta, a sexuar los trabajos productivos efectuados por ambos sexos en el asentamiento. Así, si las mujeres se asocian a punzones u otros útiles relacionados con el tejido en los enterramientos, partiendo del presupuesto de que eran ellas las que los utilizaban en vida, podremos definir áreas de actividad femeninas en las viviendas u otros lugares al detectar elementos relacionados con el tejido (punzones, pesas de telar, fusayolas...).

Para ilustrar este apartado, vamos a centrarnos en las investigaciones realizadas en el yacimiento de

Tell Abu Hureyra, al norte de Siria, y, en concreto, en los estudios antropológicos efectuados por Thella Molleson, ya que nos van a permitir analizar las relaciones que se establecen entre los sexos. Como veremos a continuación, las mujeres de Tell Abu Hureyra, como consecuencia del reparto desigual de los trabajos que se realizaban y de las lesiones que alguna de estas actividades les ocasionaban, pueden ser consideradas como un colectivo social explotado a partir de la apropiación de su trabajo productivo, un tipo de violencia que en este caso conllevó al paulatino deterioro de sus cuerpos a largo plazo (ESCORIZA MATEU 2001).

Los estudios realizados en este yacimiento pusieron de manifiesto que durante la segunda fase de ocupación, ya considerada neolítica y situada cronológicamente entre el 9000-6500 cal ANE, la población en general gozaba de buena salud, aunque se señala la presencia de toda una serie de deformaciones óseas que se documentaban reiteradamente en las mujeres: vértebras hundidas, rodillas en muy mal estado y pulgares de los pies artríticos. Estas malformaciones aparecían además asociadas a brazos y piernas musculosos. Dichas evidencias han sido interpretadas como la consecuencia de llevar a cabo, de rodillas, un trabajo repetitivo y perjudicial, a juzgar por las marcas dejadas en los cuerpos. Como en las excavaciones se habían registrado molinos de mano y losas, Molleson sugirió que la actividad causante de tales alteraciones óseas fue la preparación de harina de cereales y de legumbres. Un trabajo diario, duro y agotador, reflejado exclusivamente en los cadáveres femeninos. Un trabajo, pues, no compartido entre mujeres y hombres, a pesar del detrimento que ocasionaba en los cuerpos de todo un colectivo. Curiosamente los hombres también presentaban otro tipo de alteración en sus cuerpos: la presencia de rótulas con muesca, una lesión relacionada con la posición en cuclillas, que deteriora las rodillas por el descanso y la falta de actividad.

A estas evidencias podemos añadir otras actividades que las mujeres realizaban con toda seguridad, la producción de cuerpos y el amamantamiento. Además, también han podido ser sexuados, a partir de la morfología de las mandíbulas y marcas halladas en los dientes, otros trabajos efectuados por las mujeres, como el tejido de cestas y esteras. En cuanto a los trabajos llevados a cabo por el colectivo masculino, Molleson señala que éstos son siempre mucho menos duros y reiterativos, a juzgar por los vestigios óseos estudiados. Por todo ello, resulta posible plantear que nos hallamos ante la existencia de una división del trabajo en función del sexo que implicó desigualdad social.

Por su parte, Cristina Rihuete (2000) analiza de una manera exhaustiva y pormenorizada los restos óseos hallados en un osario de época naviforme y prototalayótica, la Cova des Càrritx (Ciutadella, Menorca), utilizado como necrópolis entre el 1450 y el 800 cal ANE, a fin de determinar el número mínimo de individuos, los perfiles de sexo y edad, la mortalidad y esperanza de vida al nacer, el tamaño del grupo y el uso social del cementerio, la dieta de la población, las paleopatologías, teniendo siempre en cuenta las proporciones resultantes en razón del sexo y la edad. Las conclusiones de

Rihuete, a diferencia de lo que sucede en Tell Abu Hureyra, apuntan a la no existencia de grandes desigualdades sociales entre los hombres y las mujeres enterrados en la Cova d'Es Carritx, debido a un mismo acceso a los recursos básicos, la no existencia de belicosidad y la constatación de estadios de desarrollo óseo semejantes entre los sexos debido a la actividad física como factor de primer orden.

Sexuación de imágenes y estudios prehistóricos.

La Arqueología prehistórica hasta la tardía incidencia de los estudios feministas ha contemplado, analizado e interpretado las representaciones figurativas de cuerpos sexuados desde un prisma eminentemente androcéntrico. El pensamiento androcéntrico ha considerado que los hombres son los ejecutores de las mismas y además las ha conceptualizado y definido como el producto exclusivo de su imaginación y de su líbido. Por lo tanto, podemos afirmar que el cuerpo femenino, tanto en su expresión material como en las formas de representación que del mismo se hacen, parte de una mirada que no sólo no nos pertenece sino que además nos ha cancelado, la del orden patriarcal vigente. Para llevar a cabo tal fin, se han utilizado diversas estrategias que han generado, en la mayoría de los casos, interpretaciones ficticias sobre el cuerpo de las mujeres. En lo material, presentando la reproducción biológica como algo únicamente natural y no como un trabajo socialmente necesario. En lo simbólico, definiendo desde un "otro" masculino los contenidos de lo que se simboliza así como las formas de representación que se utilizaron en las sociedades pasadas.

Esta "violencia simbólica", basada en muchos casos en el dominio material del cuerpo de las mujeres, elabora e impone contenidos representativos y pautas de figuración específicas, que no suelen ser un fiel reflejo de la realidad social existente, sino de lo que se pretende hacer creer. Para paliar esta coacción sufrida debemos reencontrarnos con nuestro propio cuerpo y eliminar las imágenes distorsionadas creadas desde el orden patriarcal, huyendo incluso de las falsas reconciliaciones hábilmente establecidas. Hay que desocultar las múltiples manifestaciones de la diferencia femenina, señaladas a veces como "patologías" simplemente por no responder a ese esquema neutro, que en realidad es exclusivamente masculino.

La arqueología prehistórica, cuando ha sexuado el pasado a través de las imágenes, lo ha hecho generalmente en detrimento del colectivo femenino, restándole importancia a su contribución en la producción de nuevos cuerpos sexuados y en el mantenimiento de la vida social en general. De esta manera, ha propiciado una idea sexista, denominada familismo (EICHLER 1988), al considerar la familia como la célula económica básica "natural y universal" por excelencia, así como el espacio fundamental de la vida de las mujeres, sin valorar tampoco como trabajos aquellas actividades desarrolladas dentro de la misma. Es en relación a esta premisa que se han interpretado muchas imágenes de cuerpos femeninos, con una visión en la que las mujeres casi nunca somos contempladas como sujetos globalmente socializados, ya que "por naturaleza" somos dicotómicas: o vírgenes o

prostitutas, o puras o corruptas, o madres o estériles. En consecuencia, el cuerpo femenino ha sido fragmentado con el único fin de reforzar un sistema de valores necesario para la continuidad del orden patriarcal.

Sin embargo, no sólo la arqueología ha cancelado y seccionado con sus interpretaciones los cuerpos de mujeres representadas, sino que también en algunas sociedades pasadas se utilizaron ciertas formas de representación como un instrumento valioso para mermar la contribución de las mujeres en el mantenimiento de la vida (ESCORIZA MATEU 1999). Así, una de las mayores "perversiones" del patriarcado ha sido la prohibición del cuerpo a cuerpo con la madre. En algunos grupos prehistóricos, el imaginario y el simbólico de la vida intrauterina del cuerpo de la madre fueron abandonados, desapareciendo, por tanto, la cultura del nacimiento frente al desarrollo de la cultura de la muerte. De este modo, algunas comunidades destruyeron la genealogía femenina e instauraron el patriarcado como mecanismo institucionalizado de control y sometimiento.

A través de las representaciones de cuerpos sexuados, como en general con cualquier otro tipo de figuración, se pretende expresar, comunicar y/o reforzar unas determinadas ideas y/o valores. Estas pueden ser el resultado de la imposición del orden social dominante o bien proceder de focos de resistencia y/o transgresores a las normas establecidas, algo que evita situarse en una postura victimista en lo que respecta al colectivo femenino. Ahora bien, para sexuar a través de las imágenes, es fundamental establecer lecturas relacionales entre estos objetos y sus respectivos contextos arqueológicos, es decir, integrar estos análisis en investigaciones globales sobre las formas de vida social. Sólo mediante un análisis de las condiciones materiales de las comunidades que producen y/o dan sentido a las representaciones figurativas podremos explicarlas.

Con lo anteriormente expuesto, sugerimos la posibilidad de sexuar el pasado desde diferentes lugares, algo que generalmente ha pasado desapercibido a la investigación. Ambas vías, análisis antropológicos y de las representaciones de cuerpos sexuados, lejos de ser excluyentes, se complementan, evitando y/o paliando la fragmentación que suele sufrir el cuerpo femenino en su estudio y definición. La investigación de las representaciones de cuerpos sexuados nos llevará a analizar toda una serie de objetos que podemos denominar de carácter ideológico-simbólico y que son empleados en determinadas prácticas sociales. No obstante, aunque parezca sorprendente, los trabajos vinculados al conocimiento de las relaciones que se establecen entre los sexos han recibido en general poca atención y son aún escasos, en especial en su vertiente empírica.

La sexuación mediante la utilización de imágenes nos permitirá precisar aspectos importantes (siempre en función del carácter de la figuración y/o composición de la escena) e incluso obtener información sobre las distintas actividades en las que las mujeres pueden aparecer representadas como sujetos

principales. Es el caso, por ejemplo, de las representaciones de mujeres, en cualquier tipo de soporte material (pintura, escultura, bajorrelieve, etc.) llevando a cabo distintos trabajos: mujeres recolectoras, hilando, transportando agua, en relación a actividades agrícolas, involucradas en el mantenimiento de los objetos y de los individuos... Esto significa que estamos adscribiendo actividades productivas a mujeres u hombres, siempre que se represente el sexo biológico de los sujetos implicados. Circunstancia ésta que incluso nos puede permitir plantear la existencia o no de una división del trabajo en función del sexo y, según el caso, de mecanismos de explotación social. Si además de las representaciones figurativas contamos con la información procedente de los lugares de habitación y de restos óseos humanos, el panorama se nos muestra altamente esperanzador, ya que contamos con información suficiente para saber si las formas de expresión político-ideológicas, reflejadas en los cuerpos representados, guardan relación con las condiciones materiales existentes. En este sentido, es importante valorar tanto la presencia como la ausencia de un determinado tipo de representaciones de mujeres, por lo que puede significar de ocultación, cancelación o imposición de un determinada idea o pensamiento. Así, en algunas comunidades, como veremos más adelante, las figuras de mujeres relacionadas con la producción de cuerpos resultan muy abundantes, mientras que en otras son prácticamente inexistentes.

No es nuestro objetivo en este trabajo formular una teoría arqueológica que contemple las representaciones ideológico-simbólicas como otra forma más de objetos y/o productos que necesitan ser redimensionados socialmente, algo en lo que en estos momentos estamos trabajando. Sin embargo, nos gustaria esbozar algunos presupuestos al respecto. Las mujeres y los hombres en las sociedades pasadas representaron simbólicamente aspectos diversos de la experiencia vivida y quizás también sistemas conceptuales abstractos. El problema que tenemos desde la arqueología es que éste es un aspecto imposible de indagar, ya que por el momento no podemos retroceder en el tiempo. Por lo tanto, la única vía para acercarnos a las representaciones es la de centrarnos necesariamente en el uso que se hace de las mismas, es decir, el para qué de la representación. Así, el proceso de interpretación (porque es todo un proceso, desde que se descubre la representación y esta última nos "atrapa" de alguna manera) a través de motivos figurativos va a cobrar sentido cuando descubrimos las pautas que determinan su uso y/o función social, es decir, cuando cobran de nuevo vida dentro de la sociedad en la que se generan y en relación a las prácticas sociales en las que intervienen. Con ello estamos planteamos que es a través del análisis y definición de las prácticas sociales en las que estos objetos se ven involucrados que podremos redimensionarlos. Esta idea nos permite además desestimar las sugerencias que a veces se realizan sobre este tipo de objetos y que persiguen rescatar, no las formas y/o pautas de la figuración, sino la lógica que las estructuraba, es decir, el pensamiento pasado. Esto no es más que una falacia simbólica.

Desde la arqueología, se interpreta un signo cuando creemos que lo hemos explicado, incluso a veces

sin haber establecido relación con su contexto arqueológico de aparición. Cuando se plantea que es posible explicar cualquier tipo de figuración, lo hacemos en primer lugar mediante un mecanismo básico que es la observación. Y recordemos que esta última es selectiva, tanto en lo que percibe como en lo que posteriormente interpreta, ya que siempre tiene una intención de por sí. Es decir, lo que percibimos siempre se interpreta mediante una selección previa de aquello que vamos a considerar relevante en algún sentido.

Las representaciones figurativas pueden definirse como objetos materiales con un evidente carácter político-ideológico, cuyo sentido radica en sí mismos y en el propio objeto que constituyen. Se trataría de modelos sobre "realidades" que pretenden representar hechos y/o pensamientos. De lo que podemos suponer que la figura representada guardará cierta relación con esa "realidad", aunque la forma que se utilice para figurarla sea verdadera o falsa. Esto último nos complica mucho más las cosas, sobre todo en campos como el de la arqueología. Es decir, podemos sugerir aspectos de lo simbolizado, pero no una explicación en sí, puesto que no es posible afirmar que la significación es lo representado por el signo, el cual se limita únicamente a indicar, no a significar. Además, la significación es un proceso psíquico que ocurre en la mente de los sujetos sociales, de ahí que no sea accesible en la arqueología prehistórica, si bien pueden plasmarse materialmente aspectos diversos de la misma y hacerse más inteligible.

Las primeras representaciones femeninas.

La producción de un tipo de figurillas ginecomorfas que hoy en día quedan englobadas bajo el apelativo de "venus paleolíticas" abarca un periodo de tiempo muy amplio y afecta a un territorio que se extiende desde el extremo occidental del continente europeo a las llanuras siberianas. El estudio realizado por Esther Hachuel y una de nosotras (HACHUEL y SANAHUJA Yll 1996) ha puesto de manifiesto las transformaciones sufridas por estas representaciones femeninas a lo largo del tiempo, al igual que ha permitido observar las convenciones propias de los grupos humanos que las realizaron. No obstante, una de las cuestiones que más nos ha impresionado es el hecho de que, en un periodo tan antiguo y, al mismo tiempo, tan amplio, comunidades humanas notablemente alejadas entre sí poseyeran convenciones compartidas, en especial porque estas últimas tienen que ver con un simbólico común.

La existencia de tales convenciones fue captada en primera instancia por la intuición, forma de conocimiento que se alcanza, con palabras de Simone Weil, después de un largo y fatigoso periodo de inquietud, después de haber atravesado un periodo de oscuridad, tras padecer la necesidad (ZAMBONI 1995). No obstante, el marco científico en el que solemos desarrollar nuestro trabajo nos llevó a contrastar esta primera hipótesis "intuitiva". El empleo de métodos estadísticos y matemáticos sobre los catálogos de figurillas recogidas por Delporte (1979), Duhard (1993 y 1994) y Bisson y Bolduc (1994),

con un total de un centenar de ellas, confirmó que nuestra intuición no nos llevaba a engaño. A continuación expondremos brevemente los códigos no aleatorios más significativos mantenidos por estos cinco grupos arqueológicos respecto a la producción de figurillas de mujeres a lo largo de c. 20000 años, teniendo en cuenta las siguientes variables: técnica, altura, anchura, posición, esbeltez u obesidad, materia prima y sexo y presencia o ausencia de gravidez, senos, rostro figurado y cabellos/tocado.

1. Las variables anchura/altura de todas las representaciones mantienen una relación de estrecha dependencia, rozando el límite de la regresión perfecta (.945). Por tanto, todos los grupos se acogen a las mismas proporciones en estas medidas corporales y todas las figurillas se ajustan a un mismo canon.
2. El estado (grávido o no) de las figuraciones guarda relación con la elección de la materia prima. Cuando se trata de representar mujeres embarazadas, todos los grupos tienen una marcada preferencia por la utilización de la piedra, mientras que el hueso o el marfil se reserva para la fabricación de figuras femeninas sin gravidez.
3. Las figuras grávidas pueden ser obesas o esbeltas; en cambio, las no grávidas son mayoritariamente esbeltas.
4. Las figuras obesas están fabricadas en marfil y piedra en proporciones semejantes, mientras que las esbeltas son prioritariamente de marfil y hueso.
5. Todos los grupos optan por no figurar el rostro de las mujeres embarazadas. Por el contrario, las representaciones de mujeres no grávidas muestran una tendencia significativa a perfilar sus rasgos faciales.
6. La mayoría de las mujeres embarazadas presentan los caracteres sexuales acentuados (senos y sexo representado mediante triángulo o vulva). Más de la mitad de las no grávidas pueden poseer senos, triángulo sexual (las vulvas han desaparecido) o ambos caracteres a la vez. Finalmente, la mayoría de las vulvas se asocian a la piedra y los triángulos al marfil.

Si bien las características anteriores se repiten durante todo el Paleolítico Superior, existen también evidencias de algunas transformaciones fundamentales entre el periodo más antiguo y el más reciente. Nuestro análisis ha puesto de manifiesto la existencia de transformaciones comunes en los cinco grupos regionales estudiados. Si la presencia de rasgos similares a nivel sincrónico resulta sorprendente, aún lo es más la constatación de ciertos cambios simultáneos de estas representaciones a lo largo del tiempo y

en un territorio tan vasto.

En primer lugar, durante el período más antiguo, la mayoría de las figuras (un 80%) muestran su gravidez, o sea, predominan las mujeres embarazadas. Sin embargo, este tipo de representaciones disminuye drásticamente durante el periodo más reciente, cuando sólo se detecta un 20% de figuraciones grávidas, tanto en Europa como en Siberia. Además, este 20% corresponde en su totalidad al grupo pirenaico/aquitano, por lo que cabe destacar que, en esta última fase, la presencia de "madres" sólo es típica del magdalenense de esta zona (c.15.000-9000).

En segundo lugar, las figuras más antiguas tienden a no tener el rostro representado. Posteriormente, a lo largo del Magdalenense, los rostros pueden estar o no figurados y en el Paleolítico Superior Siberiano existe una tendencia significativa a representar las caras. Finalmente, la mayoría de estatuillas de cronología más alta presentan senos y triángulos/vulvas, mientras que posteriormente la tendencia a la sexuación disminuye: los senos y el pubis pueden estar o no representados, aunque la vulva es abandonada en favor del triángulo. En este sentido, merece la pena destacar que todas las figurillas estudiadas por nosotras son definidas como femeninas por la presencia de senos, triángulo sexual o ambas características. Aquellas que no muestran atributos femeninos las consideramos antropomorfas en sentido amplio, puesto que tampoco poseen falo para catalogarlas como masculinas.

Tras el estudio de las "venus" nuestra manera de representar el Paleolítico Superior ha cambiado, porque su simbolismo nos ha llevado a abordar la economía y la política desde otra perspectiva. Centrándonos en el periodo más antiguo, el gravetiense/kostenkiense/pavloviense, la principal conclusión que puede inferirse es que, durante el Paleolítico Superior y a lo largo de nada menos que 20000 años, el sexo originario fue femenino. En efecto, cuando se representa la sexuación humana, sólo se hace a través de figuraciones femeninas o, en raras ocasiones, de antropomorfos.

La diferencia sexual aparece, pues, como un hecho crucial y su necesidad de transposición en la esfera simbólica se plasma, en nuestro caso, en forma de mujer. En consecuencia, la idea androcéntrica y falocrática que considera el sexo masculino como originario, único y equivalente al género humano, reflejada como señala Cavarero (1992) en el antiguo mito de Pandora, así como la deficiencia de mujer por su carencia de falo, deja de tener sentido en este antiguo orden simbólico. La mujer aparece como la primera, como aquélla de la que el hombre procede en la filogénesis de la especie, como la que ha hecho posible lo masculino, enfatizándose las diferencias de sexo más que las similitudes entre los cuerpos femenino y masculino. La cultura y la naturaleza todavía no se han divorciado, ni tampoco existe la separación característica de las sociedades patriarcales entre la palabra (obra del padre) y el cuerpo (obra de la madre) (RIVERA 1994).

Así como en el orden patriarcal de época posterior son típicas las representaciones de hombres cazadores y guerreros abatiendo bestias o humanos, en el Paleolítico Superior no aparecen figuras masculinas ni en competencia con las femeninas ni humilladas por aquéllas. Una de las principales características de las representaciones femeninas de dicho periodo consiste en su serena presencia. La ausencia masculina no se da por segregación sino por inclusión. Las mujeres como género no excluyen a los varones, a diferencia, por ejemplo, del contrato social rousseauniano, definido como compromiso fraternal de los hombres y separación absoluta de las mujeres (COBO 1995). No ha tenido lugar todavía el contrato sexual que regula el acceso sexual a los cuerpos de las mujeres, base sobre la cual se inauguró un orden social nuevo que hizo posible que el "derecho natural" de los hombres sobre las mujeres se convirtiese en derecho civil patriarcal (PATEMAN 1988). En este sentido, no podemos considerar que estos grupos del Paleolítico Superior fueran matriarcales en contraposición a los patriarcales contemporáneos o posteriores. Las madres no ejercerían un poder coercitivo como grupo, ya que de ellas provienen tanto los hombres como las mujeres, hijos e hijas se han gestado exclusivamente en sus cuerpos. Es lógico, pues, que las madres, dadoras de vida de los dos sexos, gestionen la misma con igual generosidad y equidad para ambos.

Todos los ejemplares estudiados son figuras iconográficamente simples, es decir, representan el cuerpo femenino, sin atributos ni objetos que no sean inherentes al propio ser mujer. La mujer no necesita ningún elemento (arma, báculo, símbolos materiales de lo divino) para relacionarse con el mundo, como ocurre a menudo en figuraciones posteriores. Es ella misma el mundo. No existe ninguna contradicción entre éste y aquélla, ni necesita dominarlo ni ligarse a él mediante ningún vínculo mediador más que la presencia de otras madres. Ellas han gestado el mundo y su relación con éste es perfectamente armónica. Ni tan sólo el producto de la reproducción -el hijo o la hija- aparece en ninguna de las representaciones. El orden patriarcal nos tiene acostumbradas a mostrarnos una figura de la madre en la que está identificada como tal por el hecho de ser la portadora del (o de un) niño. Su importancia radica en el hecho de haber engendrado a un varón. En palabras de Victoria Sau (1991), *es la bestia la que pare y cría, sin que existan normas socioculturales e instituciones que emanen de ella misma*. Se trata, pues, de la cancelación de la maternidad y su sustitución por el maternazgo como forma parcial de matricidio. Las "venus" paleolíticas, sin embargo, muestran la maternidad como algo que no les ha sido arrebatado; es la maternidad como fuente de autoridad y dicha interpretación únicamente resulta posible si se sostiene la existencia de un simbólico femenino.

Arte Rupestre Levantino y representaciones de mujeres.

Otro ejemplo que ilustra la posibilidad de sexuar el pasado a través de las imágenes es el Arte Rupestre Levantino. Bajo esta denominación se agrupan toda una serie de composiciones y paneles pictóricos ubicados en abrigos generalmente accesibles localizados en escarpes rocosos e incluso a la orilla del mar. La cronología de estas manifestaciones, tras el descubrimiento del denominado "arte

macroesquemático" ha sido emplazada mayoritariamente en un momento del denominado Neolítico Inicial, si bien el debate no quedará zanjado de forma definitiva hasta que contemos con dataciones cronométricas de las pinturas.

Dentro de la temática figurativa del arte rupestre levantino, las mujeres son las que aparecen asociadas a un mayor y más variado número de actividades (ESCORIZA MATEU 1996 y 1999). Así, hemos documentado toda una serie de escenas donde las mujeres se representan llevando a cabo trabajos como, el desbroce y/o limpieza de campos, la recolección, la siembra y el pastoreo. Es decir, hemos podido sexuar toda una serie de trabajos, que, una vez valorado el registro arqueológico disponible, sabemos que eran fundamentales para estas comunidades. Lo curioso es que este tipo de representaciones de mujeres involucradas en la producción de alimentos son muy escasas. Hay que añadir además otras actividades como la creación de nuevos individuos, es decir la producción de cuerpos y el mantenimiento de los hijos/as, tema éste último también representado. Igualmente aparecen mujeres en escenas de tipo ritual, expresión de prácticas socio-políticas. Es decir, estamos planteando la existencia de toda una serie de practicas económicas en las que las mujeres son los sujetos principales, aunque en que la mayoría de las interpretaciones realizadas hasta la actualidad este hecho quede omitido.

Tradicionalmente, las mujeres figuradas en el arte rupestre levantino han sido definidas en función de la existencia de unos estereotipos sexistas y androcéntricos fijados *a priori* (RIPOLL 1983; GARCIA DEL TORO 1986; JORDA 1974). De ello ha resultado un discurso en el que las actividades que las mujeres realizan, o bien se trivializan o bien se ignoran. Siempre se muestra y explicita un mayor interés en las escenas integradas por sujetos masculinos, tales como batidas de caza, desfiles de arqueros o escenas de guerra, con personajes "itifálicos", alegándose que tienen un carácter más narrativo que las integradas por mujeres, que se califican como relativas a una "actividad no precisada". No obstante, a pesar de las diferentes actividades en las que las mujeres aparecen representadas, siempre se las reconoce en aptitudes calificables como estáticas, pasivas o aisladas (ANDREA 1982:113). El androcentrismo reinante ha llevado a fijar incluso unos criterios de sexuación altamente cuestionables, como la consideración de que uno de los indicios seguros de hallarnos ante una mujer es el trabajo que ésta realiza y sobre todo la ausencia de herramientas y/o instrumentos de trabajo, siempre asociados a lo masculino (BELTRAN 1966:90).

En cuanto al colectivo masculino, su presencia en actividades económicas es mucho menos variada, aunque se represente siempre en un mayor número de casos. Aparecen hombres en escenas de caza, pastoreo, guerra y ritual. Así, ante la prolíficas representaciones de cazadores existentes se ha concluido que dicha actividad, al ser la más representada, fue la más importante para el "desarrollo" de estas comunidades. En cambio, si tenemos en cuenta los estudios arqueozoológicos, la caza no puede

ser considerada como la única y más importante estrategia económica desarrollada por las comunidades neolíticas que pintaron los paneles levantinos. Ganadería, recolección y agricultura aportaron la mayor parte de productos a la dieta de estas comunidades. El énfasis del arte rupestre en la caza responde a una ideología impuesta por el orden patriarcal dominante, que subraya las actividades masculinas como las de mayor valor social en detrimento de toda la amplia serie de trabajos que llevan a cabo las mujeres y que pasan desapercibidos como tema de representación en los paneles levantinos.

Todo lo anteriormente expuesto nos ha permitido llegar a conclusiones relevantes, tales como la existencia de una división del trabajo en función del sexo, que, si bien no implica necesariamente explotación, la desigualdad existente en el reparto de trabajos que nos muestran los paneles levantinos apunta a que el colectivo femenino era un grupo social que invertía más trabajo en la producción de la vida social. Además dichos trabajos resultan más importantes desde el punto de vista de la satisfacción de las necesidades alimentarias de toda la comunidad.

Parece existir, por lo tanto, un control sobre las mujeres, que se plasma, no sólo en la escasa representación de las mismas, sino también en el enmascaramiento de determinados trabajos, como la producción de cuerpos, en la cancelación de atributos sexuales y, en general, en una mínima visibilidad de la amplia gama de actividades que las mujeres realizaron, siempre eclipsadas por la abundancia de escenas de caza protagonizadas por individuos masculinos. En este sentido, la ausencia de figuraciones de representaciones de mujeres en estado de gestación, algo bastante generalizado en momentos anteriores, como ya hemos visto, nos sugiere la existencia de un orden patriarcal que ya no contempla la maternidad en el ámbito de la representación simbólica. Resulta muy significativo que, en el arte levantino, el único trabajo que el colectivo masculino no puede llevar a cabo, la creación de cuerpos, no se represente, hecho que nos induce a pensar que se realiza una selección de las actividades que se muestran. Además, junto a la ocultación de las imágenes de madres, también se produce una minimización de los atributos sexuales femeninos frente al protagonismo de los órganos sexuales masculinos. La estrategia político-ideológica es silenciar y restar valor social al colectivo femenino, al destacar la caza, siempre asociada a los hombres, como la actividad económica fundamental.

Existiría, pues, un control sobre las formas de representación que, sin duda, estaría basado en la existencia de un dominio sobre el colectivo femenino. Esto nos lleva necesariamente a plantear la existencia de prácticas socio-políticas y esquemas ideológicos afines y compartidos entre los distintos grupos sociales, que trascienden el ámbito de las diferentes estrategias económicas que se desarrollan. La base de la homogeneidad del arte levantino radicaba en la existencia de unas relaciones sociales y económicas comunes, que se verían favorecidas y afianzadas por medio de diferentes mecanismos (alianzas entre grupos, circulación de productos, movilidad social por exogamia). En consecuencia, entre las sociedades neolíticas que realizaron el arte levantino, debió implantarse un control sobre el

colectivo femenino institucionalizado desde el poder masculino dominante.

Bibliografía

ANDREU, J. *et al.*: "Las pinturas levantinas de "El Cerrao (Obón, Teruel)", *Kalathos*, 2 (1982), 83-116.,.

BELTRAN, A.: "Sobre representaciones femeninas en el Arte Levantino", IX CAN, Zaragoza (1966), 90-93.

BISSON, M. y BOLDUC, P. : "Previously Undescribed Figurines from the Grimaldi Caves, *Current Anthropology*, 35, 4, (1994), 458-467.

BOCCHETTI, Alessandra: *Lo que quiere una mujer*. Cátedra, Madrid, 1996.

BOTINAS, Elena, CABALEIRO, Julia y DURAN, Maria Angels: Entrevista a Victoria Sau. *Duoda*, 2, (1991), p. 41.

CASTRO, P., CHAPMAN, R., GILI, Silvia, LULL, V., MICO, R., RIHUETE, Cristina, RISCH, R. y SANAHUJA YLL, M^aEncarna: "Teoría de las prácticas sociales", *Complutum Extra*, 6, (1996).

CASTRO, P., GILI, Silvia, LULL, V., MICO, R., RIHUETE, Cristina, RISCH, R. y SANAHUJA YLL, M^a Encarna: "Teoría de la producción de la vida social. Un análisis de los mecanismos de explotación en el Sudeste peninsular (c. 3000-1550 CAL ANE)", *Boletín de Antropología Americana*, nº 33, (1998), 25-78.

CAVARERO, Adriana: "Ermeneutica della differenza sessuale", *Feminismo, Filosofia y Ciencia*, tomo II, 708/4, Valencia, 1992.

COBO, Rosa : "La democracia moderna y la exclusión de las mujeres", *Mientras tanto*, 62, (1995), 107-119.

DELPORTE, H.: *La imagen de la mujer en el arte prehistórico*. Istmo, Madrid, 1979.

DUHARD, J.P.: *Réalisme de l'image féminine paléolithique*. CNRS, París, 1993.

DUHARD, J.P.: "L'identité physiologique, un élément d'interprétation des figurations féminines

paléolithiques", Trabajos de Prehistoria, 51, 1, (1994), 39-52.

EICHLER, Margrit: Nonsexist Reserarch Methods. A Practical Guide. Allen and Unwin, Boston, 1988.

ESCORIZA MATEU, Trinidad: "Lecturas sobre las representaciones femeninas en el arte rupestre levantino: una revisión crítica", Arenal, Revista de Historia de las Mujeres, vol 3, nº 1.5-24.1996.

ESCORIZA MATEU, Trinidad.: "Una fragmentación intencionada: El análisis de las representaciones arqueológicas del cuerpo de las mujeres", en Congreso, Luchas de Genero en la Historia a través de la Imagen. Universidad de Málaga (en prensa) 1999

ESCORIZA MATEU, Trinidad.: "Mujeres, Arqueología y Violencia Patriarcal", en : Congreso, Violencia y Genero Universidad de Málaga 2000a (en prensa)

ESCORIZA MATEU, Trinidad.: "Mujeres y Arqueología" en Congreso, Los Estudios de las Mujeres: síntesis y perspectivas. Universidad de Almeria (en prensa) 2000b.

GARCIA DEL TORO, JR.: "La danza femenina de la Risca (Moratalla, Murcia)" Bajo Aragón, Prehistoria VII-VIII. (1986-1987).123-127.

HACHUEL, Esther y SANAHUJA YLL, M^o.Encarna: "La diferencia sexual y su expresión simbólica en algunos grupos arqueológicos del Paleolítico Superior", Duoda, Revista de Estudios Feministas. Universidad de Barcelona, 11 (1996) 61-76.

JORDA, F.: " Formas de vida económicas en el Arte Rupestre Levantino", Zephyrus XXV (1974), 209-223.

MOLLESON, T.: "La lección de los huesos de Abu Hureyra", Investigación y Ciencia, 217 (1994) 60-65.

PATEMAN, Carole: The Sexual Contract. Polity Press, Cambridge/Oxford, 1988. Traducción castellana de Anthropos, Barcelona 1995.

RIPOLL, E.: "Cronología y periodización del esquematismo prehistórico en la Península Ibérica" Zephyrus XXXVI (1983). 27-34.

RIHUETE HERRADA, Cristina: Dimensiones bio-arqueológicas de los contextos funerarios. Estudio

de los restos humanos de la necrópolis prehistórica de la Cova des Càrritx (Ciutadella, Menorca). Tesis doctoral presentada en la U.A.B el 5 de septiembre de 2000.

RIVERA, Milagros: Nombrar el mundo en femenino. Pensamientos de las mujeres y teoría feminista. Icaria, Barcelona, 1994.

SANAHUJA YLL, M^a Encarna : "Marxismo y feminismo", *Boletín de Antropología Americana*, nº 31, (julio 1995-diciembre 1997a), 7-14.

SANAHUJA YLL, M^a Encarna : "Sexuar el pasado. Una propuesta arqueológica", en *La Historia de las mujeres en el nuevo paradigma de la Historia*. Col. Laya, nº 17, Asociación Cultural Al-Mudayna, Universidad Complutense, Madrid, 1997b, 15-24.

SANAHUJA YLL, M^a Encarna : Cuerpos sexuados, objetos y prehistoria (e.p.).

ZAMBONI, Chiara : "Simone Weil: entre necesidad y deseo", en *Simone Weil: Descifrar el silencio del mundo*. Trotta, Barcelona, 1995, p.87.